

EL 98 Y EL 36

Porque el absolutismo del siglo XVIII, primera europeización de las Españas, dejó sin brújula ideológica a los españoles de América al arribo de las palabras huecas de la Libertad del 89, hija del abstraccionismo de la filosofía política y jurídica luterana, nuestros hermanos del otro lado del océano cortaron los lazos que les anudaban a los abuelos de la orilla ibérica. Era lógico. Para vivir ideas europeas, para alimentarse de jugos de Europa, resultaba harto más cómodo beberlos en el hontanar originario que no en los vasos sucios de la chabacanería simiesca de los escritores ibéricos sentados en los cafés de Madrid o Lisboa.

El 98 fue la postrer ruptura de las Españas en las postreras Españas Americanas y los llamados intelectuales o a secas medidores, sintieron en el deber de recapitular los motivos de la quiebra del grande Imperio donde no se ponía el sol. Fue aquella hora amarga, la de encerrarse dentro de sí mismos en averiguaciones de las sinrazones del gran fracaso histórico. Y cuando un puñado de rebeldes, hambrientos de la verdad española, descendieron sobre el escenario palpitante de la tragedia con pasión de aquilataadores y desconcierto de vencidos.

Pasión española y desconcierto mental: tal fue el 98 político. Ansias de buscar a las Españas e ignorancia de las sendas que a las Españas conducían. Dolor histórico de unas desgarraduras en carne viva, rabiosamente hurgadas con frenesí de indignación y ojos velados para la verdad próxima. Tal vez fue el signo pálido y agrio del 98.

Eran hombres que buscaban a las Españas, ignorantes de que las Españas anheladas seguían perviviendo, ásperas e hidalgas, serenas y eternas, amparadas bajo los santos pliegues de las banderas de la legitimidad de Carlos VII.

Padecían la ignorancia por exceso y por defecto. La falta era la de la fe religiosa. Partían del cero de la deformación que en sus mentes generosas había producido la europeización cobarde del rastrero canovismo de la restauración alfonsina, por lo que no acertaban a captar el valer poderosísimo de la catolicidad española; a fuerza de oír paparruchas anticlericales no sabían que la fe mueve las montañas y que las Españas fueron, son y serán simplemente la restauración de la Cristiandad política. A fuerza de europeización en los horizontes religiosos, desconocían que la causa de las Españas era la de la hueste de Dios sobre la Tierra.

Sobrábales en cambio otro factor europeo: el positivismo en boga. Para aceptar en el saber de las Españas anheladas, en medio de los avatares agónicos de aquel 98 lúgubre, Europa tras privarles de la captación de lo que sea el catolicismo a la española usanza, solamente les regalaba un positivismo digno contrapié filosófico por rastrería de la rastrería del canovismo político que enmarcaba sus perfiles humanos.

Ciegos de fe cuanto hambrientos de esperanza, los varones del 98 buscaron a las Españas por los caminos del positivismo. Y naturalmente, no las encontraron. Quedó su tarea en una pasión generosa cuanto simpática, más radicalmente inútil. Las Españas son la causa del Dios de las Españas y ellos empezaban por no sentir ni comprender a Dios.

Por eso la idea central del 98 en la política fue darnos la versión positivista de la Tradición nuestra. Quedáronse en la forma, sin penetrar al contenido. Eran ciegos que caminaban a tientas y a tientas únicamente cabe palpar, mas nunca adivinar la peculiaridad de los matices que definen.

Y así don Miguel de Unamuno, español a machamartillo pero borracho de europeas teologías protestantes y de europeas filosofías positivistas, nos proporcionó con su concepción del «casticismo» la traducción al positivismo de lo que es la verdadera noción sociológica de la Tradición nuestra. Así Ángel Ganivet, rabioso español hasta la medula europeizado en la curiosidad desorientada, labró en el *Idearium* y en *Granada la Bella* dos sustitutos de la visión que los carlistas tenemos de la historia hispánica y de la manera de nuestro regionalismo federativo; la monarquía misionera y federativa quedó para Ángel Ganivet en caricatura

pasada por los cedazos del positivismo. Y así fueron puramente estetas y formales los sentidos hispánicos de Azorín o de don Ramón de Valle-Inclán, amor a las aldeas o centelleo de boinas rojas en la viril heroicidad de la carlistada mañanera. Y así Machado no vio en Castilla más que el paisaje místico, sin percatarse de las razones teológicas que en la fragua histórica engendraron la mística solemne del paisaje supremo de Castilla. Y así Maragall o así Pondal no miraban, ciegos para la historia auténtica, más que la geografía rigurosamente reseca de la meseta castellana.

Eran las suyas Españas cercanas pero incomprendidas, adoradas pero inescrutables. Fue preciso la llamarada gloriosa de un 18 de Julio para que la sacudida hiciera despertar a los hombres dormidos sobre la piel totémica del toro ibérico con los ojos bastante abiertos para conocerse a sí mismos.

Vinieron a enseñárselo a estos españoles hambrientos del 98 los rudos maestros de verdad que son los magnos alfareros del quehacer español: los carlistas. Lo que no vio don Miguel de Unamuno, capitán mayor de la angustia del 98, lo sabían con su intuición sencilla los requetés que bajaban de las montañas de Navarra. Ellos no habían leído libros europeos, ni eran sabios eruditos; pero poseían la doble fuerza de sentirse soldados de su Dios y de su Rey. La legitimidad fue mucho más que el banderín dinástico; había sido el estandarte bajo cuya sombra los carlistas sabían lo que ignoraron los afanosos del 98: ser españoles.

Por eso el 18 de Julio fue radicalmente carlista. Porque era español y el Carlismo es la savia de las Españas discurriendo por los cauces de la legitimidad. El 36 es la réplica afirmativa a las dudas del 98. Bajo el amparo de las banderas de los tercios carlistas, blancas como verdad de teología y rojas como la pasión de las Españas crucificadas en tres siglos de agónica pesadumbre calumniosa, latía el tesoro que los del 98 habían buscado en vano: la eterna verdad de las Españas.

Gracias al Carlismo, los españoles del 36 no estuvieron ciegos como los españoles anhelantes de la generación llamada del 98, aunque luego se malbaratara la gesta y el sacrificio de la Cruzada.

Francisco ELÍAS DE TEJADA